

del que se resigna á soportarla; la miseria avasalladora que quiere, debe y no puede hacer lo que desea, y que entonces invierte el uso de todos sus pobres muebles. Un olor fuerte y nauseabundo salía de aquella habitación, que rara vez se limpiaba.

La antesala, donde se encontraba Godofredo, era por lo menos conveniente, y éste comprendió que servía para ocultar los horrores de la que ocupaban el nieto y el abuelo. Esta antesala, empapelada, estaba amueblada con cuatro sillas de nogal, una mesita, un retrato del Emperador hecho por Horacio Vernet, el retrato de Luis XVIII, y los de Carlos X y el príncipe Poniatowski, el amigo sin duda del suegro del señor Bernard. La ventana estaba provista de cortinas de indiana con franjas y ribetes encarnados.

Godofredo, que esperaba á Nepomuceno, viendo que éste subía una carga de leña, hizo que la descargase con mucho cuidado en la antesala del señor Bernard, y, con una prudencia que probaba los progresos que había hecho el iniciado, cerró la puerta del tugurio para que el muchacho de la viuda Vauthier no pudiese darse cuenta de la miseria del anciano.

La antesala estaba entonces ocupada por tres jardineras llenas de magníficas flores, dos oblongas y una redonda, las tres de palisandro y sumamente elegantes; así es que Nepomuceno no pudo menos de decir, después de haber colocado la leña en el suelo:

—¡Es muy bonito esto!... ¡Y debe costar carol!...

—Juan, no haga usted tanto ruido... gritó el señor Bernard.

—¿Lo oye usted? dijo Nepomuceno á Godofredo. Ese pobre viejo debe estar tocado.

—Y ¿sabes tú como estarás á su edad?

—¡Oh! ¡ya lo creo que lo sé! respondió Nepomuceno. Estaré en un azucarero.

—¿En un azucarero?

—Sí, porque sin duda habrán hecho negro con

mis huesos. He visto muchas veces ir á Montsouris á los carreteros de las refinerías á buscar huesos para sus fábricas, y me dijeron que los empleaban para hacer azúcar.

Y se fué á buscar más leña después de haber dado esta filosófica respuesta.

Godofredo cerró discretamente la puerta del anciano señor y lo dejó solo con su hija. La señora Vauthier, que entretanto había hecho el almuerzo de su nuevo inquilino, se presentó á servirle, ayudada de Felicidad. Godofredo, sumido en sus reflexiones, miraba el fuego de su chimenea. Estaba embebido en la contemplación de aquella miseria que encerraba tantas miserias diferentes, pero donde entreveía también las infables alegrías de los mil triunfos alcanzados por el amor filial y paternal. Aquello eran perlas sepultadas en el pozo de una mina.

—¿Qué novelas, por muy célebres que sean, valen lo que estas realidades? ¿Qué vida iguala á la que se hace uniéndose á semejantes seres, procurando penetrarse de las causas y efectos de sus males, calmando los dolores y ayudando al bien?... ¡Ir de este modo á encarnarse con la desgracia y á iniciarse en tales interiores! Tomar parte perpétuamente en los dramas nacies, cuya pintura hecha por los más célebres autores nos encanta!... No sabía yo que el bien tuviese más atractivos que el vicio.

—¿Está el señor contento? preguntó la señora Vauthier, que, ayudada por Felicidad, acababa de colocar la mesa al lado de Godofredo.

Godofredo vió entonces una excelente taza de café con leche, acompañada de una humeante tortilla y de rabanitos asados.

—¿Dónde diablos ha buscado usted estos rábanos? preguntó Godofredo.

—Me los ha regalado el señor Cartier, y he querido obsequiarle á usted con ellos, respondió la portera.



—Y ¿cuánto lleva usted por un almuerzo como este todos los días? preguntó Godofredo.

—¡Diantre! señor, sea usted justo, y comprenda que no se puede dar por menos de seis reales.

—¡Vaya por seis reales! respondió Godofredo. Pero ¿cómo es que sólo piden cuarenta y cinco francos al mes por la comida en casa de la señora Machillot, cuando pide seis reales por esto?

—¡Oh! señor, buena diferencia va de preparar la comida para quince personas, á prepararla para una sola. Vea usted: un panecillo, huevos, manteca, encender el fuego, azúcar, café... No olvide usted que piden tres reales por una sencilla taza de café con leche en el Odeón, y que aun tiene usted que dar propina al mozo. Aquí no sufre usted molestia alguna y almuerza usted en su casa en zapatillas.

—Vamos, está bien, respondió Godofredo.

—A no ser por la señora Cartier, que me provee de leche, huevos y yerbas, no sé cómo me arreglaría. ¡Hay que ver su establecimiento, señorito! ¡Ah! ¡es una cosa hermosísima! Tienen cinco criados para las huertas, y me alquilan todos los veranos á Nepomuceno para que vaya á regar... Ganan mucho dinero con los melones y con las fresas... Parece que el señor se interesa mucho por el señor Bernard, porque para responder de ese modo de todas sus deudas... dijo con dulzura la viuda Vauthier. No sabe usted aun todo lo que deben... Ahí está la señora del gabinete de lectura de la plaza de San Miguel, que viene cada tres ó cuatro días á buscar treinta francos, que le hacen bastante falta á la pobre. No puede usted imaginarse lo que lee esa pobre señora enferma. Siempre lee que lee... En fin, á diez céntimos el volumen, en tres meses treinta francos...

—¡Resultan cien volúmenes al mes! dijo Godofredo.

—¡Ah! ahora sale el viejo á buscar la crema y el panecillo de la señora, repuso la viuda Vauthier. Es para el te. Esta señora no vive más que de te, y lo

toma dos veces al día. Dos veces á la semana, le traen dulces... ¡Es muy golosa! El viejo le compra siempre pasteles en casa del pastelero de la calle de Bucí. ¡Oh! cuando se trata de ella, no mira nada. ¡Dice que es su hija!... ¡No todo el mundo haría á su edad lo que él hace por su hija!... El y su Augusto se matan por ella. ¿Le pasa al señor como á mí? yo daría veinte francos por verla. El señor Berton dice que es un monstruo, una cosa que se podía pagar por verla. Han hecho bien en venir á un barrio como éste, donde apenas hay gente... ¿De modo que el señor piensa ir á comer á casa de la señora Machillot?

—Sí, pienso ir á arreglarme allí.

—Señor, no es por quitarle á usted sus intenciones; pero bodegón por bodegón, yo preferiría ir á la calle de Tournón; no tendrá usted necesidad de abonarse por un mes y le servirán mejor.

—¿En qué sitio de la calle de Tournón?

—En casa del sucesor de la madre Girard... Allí es donde van muchas veces esos señores de ahí arriba, y están contentos hasta más no poder.

—Está bien, señora Vauthier, seguiré su consejo é iré á comer allí.

—Mi querido señor, dijo la conserje animada al ver el aire cándido que Godofredo afectaba intencionalmente, hablando en serio, dígame, ¿es cierto que va usted á ser tan *primo* que va usted á pagar las deudas del señor Bernard? Lo sentiría, porque piense usted, don Godofredo, que tiene cerca de setenta años, y que después que él muera, ¡naranjas! ¿cómo va usted á cobrar? Los jóvenes son á veces muy imprudentes. ¿Sabe usted que debe más de mil escudos?

—Y ¿á quién? preguntó Godofredo.

—¡Ah! ¿á quién? En fin, esto no es asunto mío, respondió misteriosamente la Vauthier. Lo cierto es que los debe, y, aquí entre nosotros, le diré que por eso mismo no encuentran quien les fie un céntimo en todo el barrio.



—¡Mil escudos! repitió Godofredo. ¡Ah! descuide usted, si yo tuviera mil escudos, no vendría á vivir aquí. Pero, vea usted, no puedo ver el sufrimiento ajeno, y por unos cuantos cientos de francos que me va á costar esto, tendré la seguridad de que mi vecino, que es un hombre de cabellos blancos, tendrá pan y leña... ¿Qué quiere usted? muchas veces se pierden jugando mayores cantidades que esas... Pero, tres mil francos, ¡caramba! ¡ya es otra cosa!

La Vauthier, engañada por la fingida franqueza de Godofredo, dejó ver en sus labios una sonrisa de satisfacción, que confirmó las sospechas del inquilino. Godofredo quedó persuadido de que aquella vieja era cómplice de una trama urdida contra el pobre señor Bernard.

—¡Qué cosas más raras se le meten á una en la cabeza! Va usted á decirme que soy muy curiosa, pero ayer cuando le ví á usted hablando con el señor Bernard, me figuré que era usted algún dependiente de librería, porque este es el barrio de ellos. Yo tuve aquí un inquilino que era regente de una imprenta de la calle de Vaugirard, que se llamaba como usted.

—Y ¿qué le importa á usted mi profesión? dijo Godofredo.

—¡Bah! que me lo diga usted ó que no me lo diga, de todos modos lo sabré. Vea usted, por ejemplo, al señor Bernard, que estuve dieciocho meses sin saber lo que era; pero al llegar al diecinueve, acabé por descubrir que había sido magistrado, juez ó no sé qué de justicia, y que escribe sobre estas cosas... Y ¿qué ganó con eso? nada, porque yo se lo digo á todo el mundo; pero si me lo hubiera confiado, me callaría.

—Aun no soy dependiente de librería, pero no tardaré en serlo.

—¡Me lo sospechaba! dijo vivamente la viuda Vauthier volviéndose y dejando la cama que estaba haciendo, para tener un pretexto para permanecer al lado

de su inquilino. ¿Ha venido usted para hacerle competencia á...? Bueno, hombre prevenido vale por dos.

—¡Alto ahí! exclamó Godofredo poniéndose entre la Vauthier y la puerta. Vamos á ver, ¿qué le dan á usted por ese negocio?

—¡Toma! ¡toma! replicó la vieja guiñándole el ojo á Godofredo, ¡veo que es usted atrozmente maligno!

La portera fué á echar el cerrojo á la primera puerta y volvió á sentarse delante del fuego en una silla.

—Palabra de honor, como me llamo Vauthier, que le tomé á usted como un estudiante, hasta que ví que le daba usted leña al padre Bernard. ¡Ah! ¡es usted muy cuco! ¡Caramba! ¡qué comediante! ¡Yo le había tomado á usted por un *primo*! Vamos á ver, ¿me promete usted mil francos? Tan cierto como esta luz que nos alumbrá, que mi viejo Barbet y el señor Metivier me prometieron quinientos francos por vigilarle.

—¡Ellos! ¡quinientos francos! ¡Vamos! exclamó Godofredo. Doscientos á lo sumo, y aun esos *prometidos*... y esa promesa me parece que no la verá usted nunca cumplida. Si me indicase usted el negocio que van á hacer con el señor Bernard, yo le daría á usted cuatrocientos francos... Vamos á ver, ¿cómo está el negocio?

—Le han dado mil quinientos francos por la obra, y el viejo ha reconocido que les debía mil escudos... Le han ido dando cien á cien francos... arreglándose de modo que no salga nunca de la miseria... Ellos son los que envían contra él los acreedores, y seguramente que han sido ellos los que enviaron á Cartier.

Al oír esto, Godofredo, con una mirada llena de irónica perspicacia que dirigió á la Vauthier, le demostró que comprendía el papel que ella desempeñaba en provecho de su propietario.

Esta frase fué un doble rayo de luz para él, pues



con ella se explicaba la singular escena que había ocurrido entre el jardinero y él.

—¡Oh! lo tienen cogido, repuso la portera, porque, ¿dónde va á encontrar él nunca mil escudos? Cuentan ofrecerle quinientos francos el día en que les entregue la obra, y quinientos más por cada uno de los volúmenes que vayan saliendo. El negocio se hace á nombre de un librero que estos dos señores han establecido en el muelle de los Agustinos.

—¡Ah! ¿aquel pequeñito?

—Sí, ese mismo, Morand, el antiguo dependiente del señor... ¿Es cierto que es un negocio en que se ganará mucho dinero?

—¡Oh! sí, pero también hay que emplear un buen capital, respondió Godofredo haciendo una mueca significativa.

Llamaron muy suavemente á la puerta, y Godofredo, alegrándose de aquella interrupción, se levantó para ver quién era.

—Lo dicho, dicho está, madre Vauthier, dijo Godofredo al ver al señor Bernard.

—Señor Bernard, exclamó la portera, tengo una carta para usted.

El anciano bajó algunos escalones.

—No, señor Bernard, no tengo carta ninguna, y quería únicamente advertirle que desconfíe usted de ese joven, porque es un librero.

—¡Ah! ¡ahora me lo explico todo! se dijo para sus adentros el anciano.

Y volvió á la habitación de su vecino con la fisonomía completamente cambiada.

La expresión fría y tranquila con que se presentó el señor Bernard contrastaba de tal modo con el aire afable y francote que tenía anteriormente, que Godofredo quedó sorprendido de tan súbito cambio.

—Caballero, dispense usted que venga á turbar su reposo; pero desde ayer me colma usted de beneficios, y el bienhechor da derechos al que proteje.

Godofredo se inclinó.

—Yo, que desde hace cinco años vengo sufriendo la pasión de Jesucristo cada quince días; yo, que durante treinta y seis años he representado á la sociedad, al gobierno, que era entonces un juez público, y que ya comprenderá usted que no tenía ilusiones, no tengo hoy más que dolores. Pues bien, caballero, la atención que tuvo usted de cerrar la puerta de la leonera en que mi nieto y yo dormimos, esa pequeñez ha sido para mí el vaso de agua de que habla Bossuet... Si, he sentido en mi corazón... en este corazón seco, que ya no da lágrimas, del mismo modo que mi cuerpo no da sudor, he vuelto á sentir la última gota de este elixir que, en la juventud, nos hace ver bellas todas las acciones humanas, y venía á tenderle á usted esta mano, que no tiendo más que á mi hija; venía á traer á usted esta rosa celeste de la creencia en el bien...

—Señor Bernard, dijo Godofredo acordándose de las lecciones del bondadoso Alain, yo no he hecho nada para que me esté usted agradecido... Se engaña usted.

—¡Ah! ¡eso es franqueza! repuso el antiguo magistrado. ¡Eso me agrada! Iba á afearle á usted su conducta, pero dispéñeme. Ahora le quiero. Si es usted librero y viene usted á ver si puede quitarle mi obra á la compañía Barbet, Metivier y Morand, todo se explica... Me ha hecho usted anticipos como me los hicieron ellos; únicamente que usted los ha hecho con más caballerosidad.

—¿Es la Vauthier la que acaba de decirle á usted que soy librero? preguntó Godofredo al anciano.

—Sí, respondió éste.

—Pues bien, señor Bernard, para saber si yo puedo darle á usted más de lo que le han ofrecido esos señores, me sería preciso saber los tratos que han hecho ustedes.

—Es claro, repuso el antiguo magistrado, que se



consideró muy feliz al ver que era objeto de aquella competencia, con la que sólo podía salir ganando. ¿Sabe usted lo que es la obra?

—No, sólo sé que es un buen negocio.

—No son más que las nueve y media, mi hija ha almorzado, mi nieto Augusto no vuelve hasta las once menos cuarto, y Cartier no traerá las flores hasta dentro de una hora; de modo que podemos hablar, señor... ¿señor qué?

—Godofredo.

—Señor Godofredo, la obra de que se trata fué concebida por mí en 1825, en la época en que, admirado de la destrucción persistente de la propiedad inmueble, el ministerio propuso aquella ley sobre derecho de primogenitura, que fué rechazada. Había observado algunas imperfecciones en los códigos y en las instituciones fundamentales de Francia. Vuestros códigos han sido objeto de importantes trabajos, pero todos estos tratados no eran más que jurisprudencia, y nadie se ha atrevido á contemplar la obra de la Revolución ó de Napoleón, si usted quiere, en su conjunto, estudiando el espíritu de estas leyes y juzgándolas en su aplicación. Esa es mi obra en resumen, y se intitula provisionalmente *Espíritu de las leyes nuevas*; abraza las leyes orgánicas lo mismo que los códigos, todos los códigos, porque nosotros tenemos más de cinco códigos. Mi obra tendrá cinco tomos, y un tomo de actas, de notas y de sentencias. Me quedan aún tres meses de trabajo. El propietario de esta casa, antiguo librero, por algunas preguntas que yo le hice, adivinó, ó, si usted quiere, olió en esto un negocio. En un principio, yo no pensaba más que en el bien de mi país. Este Barbet me tendió un lazo. Ahora se preguntará usted cómo un librero ha podido engañar á un viejo magistrado; pero ya conoce usted mi historia, y este hombre es un usurero y tiene el golpe de vista y la astucia que tienen todas esas gentes. Su dinero se me presentaba siempre

cuando tenía mayores necesidades, y él venía siempre el día en que la desesperación me obligaba á entregarme sin defensa.

—Está usted equivocado, señor mío, dijo Godofredo. Lo que ha ocurrido aquí es que la portera le espiaba á usted. Pero veamos las condiciones, dígame las usted con claridad.

—Me prestó quinientos francos, representados hoy por tres letras de cambio de á mil francos, y estos tres mil francos son el total con que figura hipotecada mi obra, de la que no puedo disponer, á no ser devolviéndoselos. Las letras de cambio están protestadas, y se ha celebrado ya un juicio contradictorio. Vea usted, caballero, las complicaciones de la miseria. Tasada muy modestamente, la primera edición de esta obra inmensa, obra de diez años de trabajo y de treinta de experiencia, valdria lo menos diez mil francos. Pues bien; hace cinco días que Morand me proponía mil escudos y la anulación de las letras de cambio, por la propiedad total de la obra. Como yo no sé adónde ir á buscar tres mil doscientos cuarenta francos, si usted no se interpone, no tendré más remedio que cedérsela. No se han contentado con mi honor, han exigido para mayor garantía letras de cambio protestadas. Si yo les devuelvo lo que les debo, estos usureros habrán doblado lo que me han dado, y si yo acabo el trato con ellos, harán una fortuna, pues uno de ellos es un antiguo comerciante de papel, y Dios sabe lo mucho que ellos pueden reducir los gastos de impresión. Como lleva mi nombre la obra, saben que la venta de diez mil ejemplares está asegurada.

—¡Cómo! ¡señor! usted, antiguo magistrado...

—¿Qué quiere usted? ¡ni un amigo! ¡ni un recuerdo! Sin embargo, si he hecho caer muchas cabezas, también he salvado muchas. En fin, mi hija, mi hija, de quien soy enfermero y á quien hago compañía, viéndome obligado á trabajar de noche... ¡Ah! joven,



sólo los desgraciados pueden ser jueces de la miseria... Hoy comprendo que en otro tiempo sin duda fui demasiado severo.

—Caballero, yo me contento con saber su nombre. Yo no puedo disponer de mil escudos, sobre todo teniendo que pagar á Halpersohn y satisfacer sus deudas de usted; pero le salvaré, si me jura usted no disponer de su obra sin avisarme, pues es imposible meterse en un negocio tan importante como ese sin consultar á la gente del oficio. Mis amos son poderosos, y yo puedo prometerle á usted el éxito, si me promete usted guardar un silencio profundo, hasta con sus hijos, y me jura cumplir su promesa.

—El único éxito que yo deseo obtener es la salud de mi pobre Vanda; porque, caballero, tales sufrimientos extinguen en el corazón de un padre todo otro sentimiento, y el amor á la gloria no es nada para el que ve la tumba entreabierta.

—Vendré á verle á usted esta noche; se espera de un momento á otro á Halpersohn, y yo he prometido ir todos los días á ver si llega. Voy á emplear para usted todo este día.

—¡Ah! si fuese usted la causa de la curación de mi hija, créame que le daría mi obra.

—Caballero, dijo Godofredo, yo no soy librero.

El anciano hizo un gesto de sorpresa.

Le he dejado creer que lo era á la anciana Vauthier, para conocer mejor los lazos que le tienen á usted tendidos.

—Pues ¿quién es usted?

—¡Godofredo! respondió el iniciado. Y como es pero que me permitirá usted que le ofrezca medios para que pueda vivir mejor, puede usted llamarme en lo sucesivo Godofredo de Bouillon, añadió sonriéndose.

El antiguo magistrado estaba demasiado emocionado para reirse de esta broma. Tendió la mano á Godofredo y estrechó la que su vecino le presentaba.

—¿Quiere usted guardar el incógnito? dijo el antiguo magistrado á Godofredo con mezcla de tristeza y de inquietud.

—Permítamelo usted.

—Pues bien; haga usted lo que quiera... Venga usted esta noche y verá usted á mi hija, si su estado lo permite.

Era indudable que esta era la mayor concesión que el pobre padre podía hacer, y, por la mirada de agradecimiento que le dirigió Godofredo, el anciano tuvo la satisfacción de ver que había sido comprendido.

Una hora después llegó Cartier con admirables flores, renovó él mismo las jardineras, puso en ellas musgo fresco, y Godofredo pagó la factura, así como también el recibo del gabinete de lectura, que llegó algunos instantes después. Los libros y las flores eran el pan de aquella pobre mujer enferma, ó, mejor dicho, torturada, que se contentaba con tan pocos alimentos.

Al pensar en aquella familia, arrollada por la desgracia, como la de Laocoon (1) (¡imagen sublime de tantas existencias!), Godofredo, que se encaminó á la calle de Marbeuf paseándose, sentía en su corazón más curiosidad que caridad. Aquella enferma rodeada de lujo en medio de una espantosa miseria, le hacía olvidar los horribles detalles de una de las más extravagantes afecciones nerviosas, que afortunadamente es una rara excepción citada por algunos historiadores; uno de nuestros cronistas más charlatanes, Tallemant des Reaux, cita un ejemplo de una de estas enfermedades. Siempre tiene una tendencia á figurarse á las mujeres elegantes hasta en sus más horribles sufrimientos; así es que Godofredo se prometía un placer al penetrar en aquel cuarto, donde hacía diez años que sólo habían entrado el médico, el padre

(1) Laocoon, hijo de Priamo, fué ahogado, juntamente con sus hijos, por dos monstruosas serpientes. (N. del T.)



y el hijo. Sin embargo, acabó por reprocharse su curiosidad. El neófito no dejó de comprender que aquel sentimiento tan natural acabaría por extinguirse á medida que fuese ejercitando su benéfico ministerio y á fuerza de ver nuevos interiores y nuevas llagas.

En efecto; se llega á adquirir la divina mansedumbre que por nada se asombra ni se sorprende, lo mismo que en amor se llega á la quietud sublime del sentimiento cuando se está seguro de su fuerza y de su duración, gracias á una constante práctica de sus penas y de sus alegrías.

Godofredo supo que Halpersohn había llegado la noche anterior, pero muy de mañana había tomado el coche para ir á visitar á los enfermos que le esperaban. La portera dijo á Godofredo que fuese al día siguiente antes de las nueve.

Acordándose de la recomendación del señor Alain respecto á la economía que era preciso emplear en sus gastos personales, Godofredo se fué á comer por cinco reales á la calle de Tournon, y su abnegación fué recompensada, pues se encontró enmedio de cajistas y correctores de imprenta. Oyó una discusión sobre los precios de fabricación, en la que tomó parte, y supo que un volumen en 8.º, compuesto de cuarenta hojas, tirando mil ejemplares en las mejores condiciones posibles, sólo costaba seis reales. Se propuso ir á informarse de los precios á que vendían sus libros los editores de jurisprudencia, á fin de estar en el caso de sostener una discusión con los libreros que tenían al señor Bernard en sus manos, si por casualidad llegaba á encontrarse con ellos.

A eso de las siete de la tarde, volvió al boulevard de Mont-Parnasse por las calles de Vaugirard, Madame y Oeste, y reconoció lo desierto que estaba aquel barrio, porque no vió en él á nadie. Es verdad que el frío era riguroso, que caían gruesos copos de nieve y que los coches no hacían ruido alguno al marchar.

—¡Ah! ¿ya está usted aquí, señorito? dijo la viuda Vauthier al ver á Godofredo. Si hubiese sabido que iba usted á venir tan pronto, le hubiera encendido el fuego.

—No hace falta, respondió Godofredo viendo que la Vauthier le seguía, pasaré la noche en casa del señor Bernard.

—¡Ah! ¿es usted acaso primo suyo para tener tanta confianza con él el segundo día que lo conoce?... Yo creía que acabaríamos la conversación que habíamos empezado.

—¡Ah! ¡los cuatrocientos francos! dijo Godofredo en voz baja á la viuda. Escuche usted, mamá Vauthier, usted quiere soplar y sorber á la par, y se quedará usted sin lo uno y lo otro; porque, por lo que respecta á mí, me ha hecho usted traición... y el negocio ha salido completamente fallido.

—No lo crea usted, señor... Mañana, durante el almuerzo...

—¡Oh! mañana haré como los autores y saldré de casa al amanecer.

Los antecedentes de Godofredo, su vida de elegante y de periodista le sirvió en esto. Tenía bastante mundo para comprender que, si no obraba de ese modo, la cómplice de Barbet iría á avisar al librero de algún peligro, y las persecuciones empezarían hasta el punto de que comprometerían al poco tiempo la libertad del señor Bernard; mientras que haciendo creer á aquel trío de negociantes ávidos que su combinación no corría ningún riesgo, permanecerían tranquilos. Pero Godofredo no conocía aún la naturaleza parisiense cuando se disfraza de viuda Vauthier. Esta mujer quería obtener el dinero de Godofredo y el de su propietario, y corrió en seguida á casa del señor Barbet, mientras que Godofredo se cambiaba de ropa para presentarse en la habitación de la hija del señor Bernard.

Daban las ocho en el convento de la Visitación,



reloj del barrio, cuando el curioso Godofredo llamó suavemente á la puerta de su vecino. Augusto salió á abrir, pues como que era sábado, el joven tenía la noche libre. Godofredo lo vió vestido con una levita de terciopelo negro, una corbata azul de seda y un pantalón negro bastante decente; pero su asombro al ver al joven tan diferente de antes, cesó cuando estuvo en la habitación de la enferma. Allí comprendió la necesidad que tenían el padre y el hijo de estar bien vestidos.

En efecto; la oposición entre la miseria del cuarto que había visto por la mañana y el lujo de aquella habitación era demasiado grande para que Godofredo no quedase como deslumbrado, á pesar de que estaba acostumbrado á las elegancias y esplendores de la riqueza.

Las paredes, que estaban tapizadas con seda amarilla, adornada con bordados de seda verde de un tono vivo, daban una gran alegría á aquel cuarto, cuyo frío pavimento estaba cubierto con una alfombra de fondo blanco sembrada de flores. Las dos ventanas, provistas de hermosos cortinajes forrados de seda blanca, estaban tan llenas de jardineras, que formaban dos preciosos ramilletes. Unos visillos impedían ver desde afuera esta riqueza, tan rara en aquel barrio. El maderamen, pintado á la cola de un color blanco puro, estaba realzado por algunos filetes de oro.

En la puerta, un pesado cortinaje con pintitas, fondo amarillo y hojas extravagantes, ahogaba el ruido del exterior. Este magnífico cortinaje era obra de la enferma, que trabajaba como un hada cuando tenía las manos buenas.

En el fondo de la habitación y enfrente de la puerta, la chimenea ofrecía á las miradas unos adornos de excesivo gusto, únicas reliquias de la opulencia de aquellas dos familias; esto es, un curiosísimo reloj. Un elefante sostenía una torre de porcelana, de donde salían profusión de flores, dos candelabros y preciosas

figuras chinescas. El cenicero, los morillos del hogar, las palas, las tenazas, todo era del mayor precio.

La mayor de las jardineras ocupaba el centro de este cuarto, y de un rosetón del techo pendía una araña de porcelana con flores.

† El lecho en que yacía la hija del magistrado era uno de esos hermosos lechos en blanco y oro, de madera esculpida, como los que se hacían en tiempo de Luis XV. A la cabecera de la enferma había una bonita mesa de marquetería, donde se encontraban todas esas cosas necesarias para el que se pasa la vida en la cama. En la pared había un candelero de dos ramas, que se adelantaba ó se atrasaba al menor movimiento de la mano. El lecho, cubierto con una soberbia colcha y coronado de cortinas abovadas por medio de hierros, estaba lleno de libros, de una canastilla de labor, y, bajo todas estas cosas, Godofredo hubiera visto difícilmente á la enferma á no ser por las dos bujías del candelero móvil.

No se veía allí más que un rostro de tez blanquísimo y ojoso por el sufrimiento, cuyos ojos tenían un vivo brillo, y que, por principal adorno, ofrecía una magnífica cabellera negra, cuyos bucles numerosos, enormes y divididos en mechones anunciaban que el arreglo y cuidado de sus cabellos ocupaban á la enferma una parte de la mañana, como podía suponerse al ver el espejo portátil que había á la cabecera del lecho.

Ninguna de las comodidades modernas faltaba allí. Algunas chucherías, diversiones de la pobre Vanda, probaban que el amor paternal llegaba hasta el delirio.

El anciano se levantó de una magnífica poltrona Luis XV, blanca y oro, y dió algunos pasos para salir al encuentro de Godofredo, el cual, seguramente que no le hubiese reconocido, pues aquella fría y severa cara tenía esa expresión de alegría propia de los ancianos que han conservado la nobleza de maneras y la aparente ligereza de los cortesanos. Su bata de casa



estaba en armonía con aquel lujo, y tomaba tabaco de una tabaquera de oro guarnecida de diamantes.

—Querida hija, aquí tienes el vecino de quien te hablé, dijo el señor Bernard á su hija.

E hizo una seña á su nieto para que trajese al lado de la cama uno de los sofás semejantes á la poltrona, y que se encontraban á ambos lados de la chimenea.

—Este señor se llama don Godofredo, y siempre se ha mostrado muy amable con nosotros, continuó el anciano.

Vanda hizo un ligero movimiento de cabeza para responder al profundo saludo de Godofredo; y, por la manera que tuvo de inclinar y enderezar el cuello, Godofredo vió que toda la vida de la enferma residía en la cabeza. Los brazos adelgazados y las manos secas descansaban en las blancas y finas sábanas, como cosas extrañas á aquel cuerpo, que parecía no ocupar lugar en la cama. Los objetos necesarios á la enferma estaban colocados detrás de la cabecera de la cama, en un pequeño estante cubierto con una cortina de seda.

—Caballero, á excepción de los médicos, que no son hombres para mí, es usted la primera persona que veo desde hace diez años; de modo que ya comprenderá usted el interés y curiosidad que me había usted inspirado desde el momento en que mi padre me anunció su visita. ¡Oh! una curiosidad invencible, apasionada, semejante á la de nuestra madre Eva... Mi padre, tan bueno para mí, y mi hijo, á quien amo tanto, bastan seguramente para llenar el desierto de un alma que yace ahora casi sin cuerpo, pero, después de todo, esta alma sigue siendo mujer, y no he de negar que sentí una alegría infantil con la esperanza de su visita. Nos hará usted el favor de tomar una taza de te con nosotros, ¿verdad?

—El señor me ha prometido pasar la velada con nosotros, respondió el anciano con la gracia de un millonario que hace los honores de su casa.

Augusto, sentado en una silla ante una mesa de marquetería, leía un libro á la claridad de los candelabros de la chimenea.

—Augusto, hijo mío, dile á Juan que venga á servirnos el te dentro de una hora.

Y la enferma acompañó esta frase de una expresiva mirada, á la que Augusto respondió con una seña.

—¿Querrá usted creer, caballero, que hace diez años que no tengo más criados que mi padre y mi hijo, y que me sería imposible soportar otros? Si ellos me faltasen, me moriría... Mi padre no quiere que Juan, un normando que nos sirve hace treinta años, entre en mi cuarto.

—Es claro, dijo el anciano dirigiendo una mirada de inteligencia á Godofredo. El señor le ha visto: sierra la leña, la mete en la leñera, hace la cocina y los recados. Lleva un delantal tan sucio, que estropearía toda esta elegancia tan necesaria para los ojos de mi pobre hija, para quien este cuarto es toda la naturaleza.

—¡Ah! señora, su señor padre tiene razón.

—Y ¿por qué? dijo Vanda. Si Juan hubiese estropeado mi cuarto, mi padre lo hubiera renovado.

—Sí, hija mía, pero lo peor es que tú no puedes salir de él, y no sabes lo que son los tapiceros de París... Necesitarían tres meses para arreglarlo. Figúrate el polvo que se levantaría de la alfombra si se quitase. ¿Hacer que Juan entre á limpiar tu cuarto? ¡Cal no hay que pensar en ello. Tomando las minuciosas precauciones que sólo pueden tomar un padre y un hijo, hemos podido evitar la necesidad de barrer el polvo. Si Juan entrase nada más que á servirnos, en un mes estaría esto que no se podría ver.

—No es cuestión de economía, dijo Godofredo, se trata de su salud de usted. Su señor padre tiene razón.

—No, si no me quejo, respondió Vanda con voz llena de coquetería.